

Y un beso darme quisiera
En mi feroz demencia
Oscuro que prodigio
Tan graves consecuencias
Mas ligeros son mis delitos
Acepta de mi amor
Y dices a tu agrado
Un beso que me venga
Y si esto tu vengas
No dejes de ser dichoso
He aquí también mis labios
También ellos pretenden
A compasión se merecen
La Dios de Grecia
Y manda que al momento
Desaten las cadenas
Mas por seguir a Venus
La esmeralda de
Y a donde aquel instante
Jamás tornó a la esfera
Y se llegó contra
A una fiamante hoguera
Quemando los colmillos
Que tanto igual hicieron
En las faldas de la tierra
En las faldas de la tierra

LIBRO I
IDILIOS
CANTO FUNEBRE DE ADONIS
DE
BION DE ESMIRNA.
A Adonis bello: he muerde el bello Adonis
El Adonis de par. en su corazón
De los Amoris me amó el bello
Oh Venus de la bella
No duermas ya en tu púrpura y sedas
Levántate y llora
El mismo pecho llora
Y di a todos en lágrimas bañados
Mi Adonis bello como el bello Adonis



IDILIO I.

CANTO FUNEBRE DE ADONIS.

A Adónis lloro: ha muerto el bello Adónis,
El Adónis sin par: en mi quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

¡Oh Vénus desdichada!
No duermas ya entre púrpuras y sedas;
Levántate enlutada,
El tierno pecho hierre,
Y dí á todos, en lágrimas bañada:
Mi Adónis bello entre dolores muere.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

IDILIO I.

Yace el hermoso Adónis en los montes,
 Con su cuerpo nevado
 Por homicida² diente atravesado,
 Y su débil aliento
 De dolor llena á la Ciprina Diosa;
 De la honda herida sangre le destila,
 Se oscurece su fúlgida pupila,
 Y de su labio opácase la rosa.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto
 De los Amores me acompaña el llanto.

Atroz, atroz herida
 Su bello cuerpo afea,
 Pero es mayor la que cruel desgarrar
 El tierno corazón de Citeréa.
 En torno de él los galgos favoritos³
 Doloridos aullan;
 En torno de él, con lastimeros gritos
 Las Oréades ninfas se lamentan.
 Desesperada corre por los bosques
 La Diosa de Citera,
 El rostro sin color, el pié desnudo⁴
 Y en desórden la rubia cabellera.
 Su planta sin sandalia, el cardo agudo
 Punza cruel, y la divina sangre
 Tiñe la verde grama.
 Por los valles frenética discurre,
 Y á Adónis bello á cada instante llama,

IDILIO I.

Y con aguda voz su pena anuncia,
 Y del esposo Asirio
 En su feroz delirio
 El nombre en vano sin cesar pronuncia.
 El moribundo jóven, de la herida
 Ríos de sangre arroja;
 Y el albo vientre y cándido costado,
 Y aquel pecho nevado
 Cubre el vital humor, cual veste roja.

¡Triste de Citeréa! En su quebranto
 De los Amores la acompaña el llanto.

¡Ay! Ya murió: murió su amado esposo,
 Y huyó con él, del rostro peregrino
 La celestial belleza.
 Mientras vivió su Adónis rubicundo,
 De aquel cuerpo divino
 Nada igualó la gracia y gentileza;
 Mas apénas el hado
 Con cruel muerte lo sacó del mundo,
 De Vénus la hermosura
 Se ofuscó para siempre ¡oh desventura!
 Los montes elevados,
 Las añosas encinas,
 ¡Ay de Adónis! tristísimas exclaman;
 Lágrimas mil derraman
 Por Adónis las fuentes cristalinas:
 Los caudalosos ríos

IDILIO I.

De Ciprina deploran los pesares,
 Y de pena las flores
 En vivo rojo truecan sus colores.⁵
 La triste Diosa en tanto
 Vaga por las colinas,
 O la campiña fértil abandona,
 Y flébiles cantares
 Al discurrir por la ciudad entona.

Cubre el vital humor, cual veta roja

¡Triste de Vénus, triste!

El rubicundo Adónis ya no existe.

Adónis ya no existe, Eco responde

Desde el antro profundo en que se esconde.
 ¡Ay! ¿Quién de la afligida Citeréa
 No llorará los trágicos amores?
 ¿Quién habrá que contemple sus dolores
 Y á tantas penas insensible sea?
 Apenas vió la mísera Ciprina
 La herida profundísima de Adónis;
 No bien miró la sangre purpurina
 Libre correr de su costado abierto,
 Cuando, los bellos brazos extendidos,
 Con lúgubres gemidos,
 Exclama: Prenda mía,
 Detente, Adónis; desdichado, espera;
 Deja que contemplarte
 Al ménos pueda por la vez postrera.
 Despiértate ¡oh! despiértate un momento,

IDILIO I.

Deja que llegue tu infeliz esposa
 A recoger tu postrimer aliento

Mas ¡ay! que sin curarte de mis quejas⁶
 ¡Desdichado! te alejas.
 Huyes, Adónis: huyes de Aqueronte
 A la oscura region; á los dominios
 Del lúgubre monarca del infierno:
 ¡Huyes, Adónis! Yo á dolor eterno
 Y á amargo llanto condenada vivo:
 Yo para siempre á padecer me quedo,
 Y porque el hado condenóme á Diosa,
 Seguirte al reino de Pluton no puedo.
 ¡Proserpina implacable!
 Recibe tú mi idolatrado esposo:
 Pues mas allá que el mío
 Se extiende tu infinito poderío,
 Ya que cuanto hay hermoso,
 Cuanto feliz ó rico aquí se encuentra
 Al fin, cruel, á tus dominios entra.

Moriste ¡dulce dueño!
 Y nuestro amor se disipó cual sueño.⁷
 Sola y viüda á Vénus has dejado,
 Y ociosos permanecen los Amores
 De mi triste mansion en el recinto.
 Tambien sobre tu cuerpo, destrozado
 Fué mi precioso cinto.⁸
 ¡Ah! ¿Por qué á los peligros de la caza,
 Temerario mancebo, te expusiste?

IDILIO I.

¿Por qué, siendo tan bello,⁹
A luchar con las fieras te atreviste?

Clamaba así Ciprina en su agonía,
Y el llanto funeral de los Amores
A sus copiosas lágrimas se unía.

¡Triste de Vénus, triste!

El rubicundo Adónis ya no existe.

Citéres tantas lágrimas derrama¹⁰

Cuanta es la sangre que su Adónis vierte;
A entrambas, al caer sobre la grama,
Virtud oculta en flores las convierte;
La sangre engendra la purpúrea rosa,
Y de Vénus las lágrimas divinas
Hacen brotar la anémona graciosa.¹¹

A Adónis lloro: á Adónis rubicundo

Muerte cruel arrebató del mundo.
Desciende ¡oh Vénus! de la selva umbría,
Da tregua á tu agonía.
Ya está dispuesto el funerario lecho:
En él yace tendido
Tu exánime marido,
Y aunque muerto, es hermoso todavía
Bajo del frio pecho
No late ya su corazón ardiente.
¡Sin vida yace el desangrado jóven
Y parece que duerme blandamente!¹²

IDILIO I.

Cúbrela con la sábanas mullidas
En que dormir soliera
Sobre cojines recamados de oro.
Ven; no temas ¡oh Diosa de Citera!
No vuelvas á tu esposo las espaldas
Aunque su vista de dolor te llene:
Adórnalo con fúnebres guirnaldas
Y deshojadas flores;
Pero ¡ay! que al espirar tu Adónis, todas
Perdieron sus colores.
Sobre él esparce mirtos olorosos,
Ungelo con mil bálsamos preciosos.
¿Qué importa que se pierdan
Cuantos perfumes crían las Arabias,
Si pereció tu bálsamo, tu Adónis,
Tu sin igual delicia?
¡Míralo cuál reposa
Entre vestes de púrpura Fenicia!¹³
Cortados los cabellos,
Lloran en torno los Amores bellos:
Este sus flechas rompe,
Aquel el arco pisa,
Otro destroza la emplumada aljaba;
Quién el áureo calzado
Desata á Adónis, quién el agua trae
En vasos de oro, y quién la herida lava;
Mientras detrás del funerario lecho,
Con sus delgadas alas, afanoso
A Adónis otro le abanica el pecho.¹⁴

IDILIO I.

Tambien de Vénus los acerbos males
 Lamentan los amores. Himenéo¹⁵
 Ha extinguido su antorcha en los umbrales
 Y destrozado la nupcial corona.
 Cánticos de placer ya no resuenan,
 Tristes ayes y lúgubres gemidos
 Los vientos solo llenan.
¡Ay de Himenéo! por doquier se escucha;
 Pero más llanto arrancan las desgracias
 Del bello jóven, que en infausta lucha
 Triste sucumbe, y en la selva espira.
 Las seductoras Gracias¹⁶
 Del hijo de Cinira
 Lloran el fin horrendo,
Murió el hermoso Adónis,
 Unas á otras diciendo;
 Y en lamentos prorumpen
 Que los tuyos, Dione,¹⁷ áun más agudos.
 Las Musas¹⁸ por Adónis
 Vierten amargo llanto,
 Y su nombre murmuran,
 Y llamarlo procuran
 Con sus gemidos y amoroso canto:
 Mas él no escucha el llamamiento tierno,
 Que aunque volver quisiera á su adorada,
 La reina del Infierno
 Lo detiene en el Orco enamorada.¹⁹
 Es tiempo ya, Citéres,
 Que ceses de gemir; enjuga el lloro,

IDILIO I.

Y de la tumba fria
 Aléjate, dó yace tu tesoro.
 Y antes que á tu retrete²⁰
 Tornes, á presidir ven este dia
 El que en tu honor se da lauto banquete.
 Otra vez á su lecho funerario
 Venir podrás, á que de nuevo llores
 El desdichado fin de tus amores
 Al recurrir el triste aniversario.

